

EL 31 DE JUNIO

*Color de sangre tiene el fuego,
color negro tiene el volcán.
Colores rojo y negro tiene
nuestra bandera triunfal.*

*(Extracto de la letra de la versión española de la
Internacional anarcosindicalista)*

Es verdad que según se alejan los sueños de juventud resulta más sencillo reconocer lo que es imposible, lo que ni ha ocurrido ni ocurrirá. Sin embargo, es mucho más difícil distinguir, con el paso de los años, la frontera de lo sustancial con lo accesorio en los hechos que hemos vivido o que, al menos, hemos creído vivir. Sé que nunca ha existido un día 31 de junio, porque ese mes sólo tiene treinta días, lo aprendí como muchos otros niños siguiendo las secuencias de los nudillos de la mano. Sin embargo, he tardado años en interpretar hasta sus últimas consecuencias las palabras que, por mero azar, se pronunciaron hace medio siglo, un día que creí el 31 de junio de 1910. Palabras que se dijeron, pero que podían no haberse dicho, palabras que, no obstante, escondían hechos fundamentales para la vida de personas que ya nadie recuerda.

Esa búsqueda no la inicié hasta dieciocho años después de ese imaginario 31 de junio de 1910, fecha en que embarqué como emigrante rumbo a Argentina y no la terminé de verdad hasta hace unas pocas semanas, en el verano de 1960, cuando desvelé las últimas incógnitas que sólo a mí han intrigado durante cincuenta años. Quiero ahora dejar constancia de estas averiguaciones que tal vez a nadie interesen, pero eso no mermará ni un ápice la realidad que esconden, que la casualidad rige nuestro destino y a veces da sentido a nuestra vida.

El inicio de mi indagación tiene que ver con un viejo papel y un breve texto mecanografiado que he guardado desde 1928, el mismo que ahora se encuentra sobre mi mesa, junto al cuaderno en que escribo. Los perfiles de sus letras han perdido su original nitidez, difuminados en un papel que se ablanda y amarillea, papel que yo me acerco a la nariz de vez en cuando, por el puro placer de percibir el olor de los años. Es la citación que me envió un comisario de policía solicitando mi presencia en su despacho el domingo de resurrección de aquel año, a las nueve de la mañana.

Desde que había salido de España y obtenido mi residencia legal en Buenos Aires, no había vuelto a tratar con la policía. Antes de cruzar el océano, cuando vivía en los arrabales de Valencia, me convencí de que era mejor

mantenerse alejado de ellos. Si entonces hubiera recibido una citación como esta, me habría buscado un lugar bien seguro donde esconderme. Sin embargo, los años transcurridos desde que embarqué habían cambiado muchas cosas, seguía sin fiarme de la policía, pero ya no la temía porque había dejado de ser un hombre pobre.

En esa nota, redactada con el lenguaje retórico de los funcionarios, se requería mi presencia para lo que ostentosamente se denominaba “colaborar en una investigación criminal de carácter reservado”, aunque no imaginaba yo de qué manera podría hacer tal cosa. Pensé incluso que pudiera tratarse de un error, pero no, los datos que figuraban en el aviso eran los míos y, por supuesto, también el nombre escrito en la parte superior: Clemente Llopis Verdú.

Sin embargo, como he dicho, no logré cerrar el círculo hasta hace apenas un mes, cuando por puro azar cayó un periódico en mis manos y por casualidad llamó mi atención una esquela de dimensiones más bien modestas. Delicadamente redactada por la viuda, se comunicaba el fallecimiento de D. Agustín Zubillaga Balbuena, buen hombre, amante esposo y padre, que había realizado su tránsito en paz, habiendo recibido los santos sacramentos. La recorté con cuidado, sin rebasar la línea negra que la enmarcaba, la leí y releí varias veces y la coloqué junto a la ajada convocatoria de la policía. Entre un papel y otro mediaban treinta y dos años y sin embargo el uno completaba al otro hasta encajar entre sí como las piezas de un rompecabezas.

De la manera en que estaba escrita se deducía que su muerte fue tranquila, resultado tal vez de una larga enfermedad, por tanto, sin violencia ni armas de fuego. Se rogaba una oración por su alma y la asistencia a una misa por su eterno descanso. Aunque todos los funerales se parecen, si se observa con atención puede descubrirse en ellos algo del carácter de los difuntos. Por eso decidí acudir, para comprobar si Agustín Zubillaga llegó a ser un hombre querido.

Tomo otra vez el requerimiento de la policía y vuelvo a percibir su olor añoso. El domingo de resurrección no era un día apropiado para citar a nadie, pero la nota tampoco en eso dejaba lugar a dudas. Además del comisario que la firmó, había alguien más en su despacho, una persona que hablaba con un acento que hacía mucho tiempo que no escuchaba, era español. Se presentó como el inspector Gálvez, un oficial de policía de aspecto triste, aunque su tristeza no era tanto falta de alegría como amargura hostil. Fijó su mirada en mí y para intimidarme me dio a entender, dejando caer dos o tres frases nada más, que estaba al corriente de mis simpatías por el radicalismo político, algo ya tan lejano que casi lo había olvidado. No me inquietó, ya lo dije, ya no soy un hombre pobre. Además, mi rebeldía fue muy modesta, apenas media docena de reuniones clandestinas y alguna que otra correría que, en conjunto, no dieron

más trabajo a la policía que la redacción de un par de papeles, guardados luego en uno de esos archivos que se resisten a olvidar.

El comisario, cuyo nombre he olvidado, después de las presentaciones, petición de disculpas por robar mi tiempo, agradecimiento por acudir un día tan intempestivo y quejas por lo turbulento de los tiempos que corrían, cedió la palabra al inspector y éste lanzó de inmediato una sorprendente pregunta.

-¿Qué puede decirnos de Mateo Sellés?

Pensé que si era ese el motivo de la cita, ésta no sería nada productiva: lo poco que sabía de él era de oídas. Aunque sus fotografías fueron escasas y de baja calidad, Mateo Sellés era un personaje muy conocido en España. Anarquista, impulsor de la acción directa, fue autor, entre otros, del atentado del día de San Isidro de 1909. Esa tarde se celebró en Madrid un festejo taurino en honor de su Patrón. Puedo imaginarme a los de la comitiva oficial, el Gobierno en pleno, saludando con jactancia al gentío que los aplaudía, envanecidos con los vítores de aquellos pobres ignorantes acostumbrados a rendir pleitesía.

De repente voló desde lo alto una bomba con la trayectoria equivocada, tal vez rebotada en algún saliente o en las guirnaldas que engalanaban el recorrido. Estalló cerca de la carroza del Presidente del Consejo sin apenas arañar su pintura, pero abrió un boquete de sangre en la muchedumbre. Mató a veinte personas que tal vez hubieran caído abatidas en el norte de África unas semanas más tarde, cuando los hombres a quienes aclamaban los mandasen a aquel infierno.

-¿Qué quiere usted que le diga de Mateo Sellés? –Pregunté sorprendido a Gálvez–. Pues prácticamente nada, lo que todo el mundo sabe, que es un fanático, un anarquista muy violento y que, afortunadamente, hace mucho tiempo que no actúa.

-¿No sabe usted que abandonó España hace años? Seguramente un cómplice le ayudó a escapar y le prestó auxilio en otro país, tal vez aquí, en Buenos Aires.

Esperó un instante y cuando comprobó que me mantenía en silencio, añadió:

-¿En qué navío salió usted de España, señor Llopis?

-No recuerdo bien el nombre –contesté, ignorando todavía sus intenciones–. Era italiano, se llamaba como una región de ese país. Como sabrá embarqué en Valencia con pasaje de emigrante.

-Me consta Sr. Llopis que en ese barco, el *Liguria*, viajó Mateo Sellés y que usted y él conversaron durante toda una jornada, la del 30 de junio de 1910. Debería recordarlo. Haga memoria, por favor.

No quise escuchar más insolencias, de manera que di por terminada aquella brevísima reunión en la que se me acusaba de complicidad con un asesino. Pero justo antes de que diera el portazo con el que me proponía cerrar aquel encuentro, Gálvez se dirigió nuevamente a mí:

-¿Tampoco conoce a Elisa Urbía? ¿Sabe que además de esposa de Sellés era hija de uno de los fallecidos en el atentado del día de San Isidro? A su padre lo mató la bomba que ese terrorista lanzó a la multitud. Piense si merece la pena proteger a ese criminal, a un canalla que sedujo a la hija de su propia víctima.

Y aquellas palabras, las últimas de nuestro encuentro, fueron las que de verdad me impulsaron a revisar todo lo relacionado con aquel inexistente 31 de junio y, en definitiva, a que averiguase lo que ahora me propongo narrar.

A Elisa Urbía me la presentaron a bordo de aquel barco, precisamente el día que indicó Gálvez, una fecha que nunca olvidaré. Cuando compré el pasaje a Buenos Aires me advirtieron que zarparía el último día del mes de junio, último día que yo confundí con uno que no existe, el 31 de junio. Esperando un día que no había de llegar, estuve a punto de perder el barco ¿Quién me avisó del error? No me acuerdo, pero aquella mañana me levanté pensando que zarparía al día siguiente. Las prisas de después, cuando caí en la cuenta de mi equivocación, la angustiada carrera hasta el puerto y el vértigo ante la posibilidad de perder algo más importante que mi vida: mi sueño, me dejaron, cuando embarqué al fin, tan aturdido como un boxeador a punto de ser derribado, de manera que mis actos de aquel día los recuerdo como si hubieran sido más soñados que vividos, como un 31 de junio, una fecha que no figura en ningún calendario.

Sin aliento me senté en cubierta, apoyé el brazo sobre mi maleta de cartón y pasé un pañuelo por mi frente y así fui recuperando poco a poco el sentido de la realidad. De pronto fui consciente del ruido, del ensordecedor escándalo en que se mezclaban voces y gritos con sonidos de todas las intensidades, chirridos mecánicos, traqueteos de motores, crujidos de sogas y lonas y empellones del mar. Después, como si surgieran de un fundido en negro, comencé a percibir los trazos gruesos de aquel bullicioso lugar, un gran palo vertical y otro horizontal que se unía a él como una percha, con el velamen vigorosamente recogido y unas llamativas mangueras de ventilación, que parecían las gigantescas tubas de una enloquecida orquesta.

Una joven envuelta en blanco apoyaba su brazo sobre las innumerables capas de tela de uno de los palos. Miraba hacia lo que después

supe que se llamaba proa, como si buscara su puerto de arribada lejos de allí, al otro lado del mar. Tan concentrada estaba que parecía no sentir la agitación que le rodeaba.

No puedo precisar cómo, pero entablé conversación con alguien llamado Agustín Zubillaga que, a su vez, me presentó a la joven que parecía emerger de las telas blancas. Era su esposa, Elisa Urbía, Elisita la llamaba él. Le recuerdo como una persona instruida que vestía y hablaba como la gente de las tertulias y no tenía callos en las manos. Además de su pelo, peinado con fijador, llamó mi atención su bigote de delgadas guías onduladas. Mucho nos diferenciábamos, yo no era más que un humilde tipógrafo de chaqueta y gorra raídas, que no tenía más cultura que la que había adquirido leyendo los textos con que trabajaba. Bien mirado no era poco, al menos despertó mi afición por conocer.

Antes de contarme que había embarcado en Marsella con destino a La Habana, cruzamos unas palabras sobre mi olvido, el calor y la humedad a bordo. Mientras tanto, captaba cada vez más detalles de la alucinante cubierta del *Liguria*, sobre todo, una inquieta multitud de hombres y mujeres. Cada uno con una actividad que le diferenciaba del resto, unos de pie, otros sentados, otros corriendo o riendo o limpiando o tendiendo ropa, todos ajenos a los demás, pero todos relacionados entre sí, rozándose en un enjambre repleto de vida.

Tal vez ese incansable movimiento tuviera que ver con la brisa del mar que parecía ascender por las pasarelas hasta los botes salvavidas y de allí a la bandera que ondeaba en la popa del barco y a las pobres ropas que alguien había colgado en la barandilla alta que ahora percibía a mi derecha.

Es posible además que esa misma brisa salada espabilara mi entendimiento, porque ante el cuadro que ahora percibía completo con todos mis sentidos, que veía con mis ojos, que sonaba en mis oídos y que tenía el olor acre de la pobreza, pronuncié al fin mis primeras palabras. Seguramente también, sin darnos cuenta, la brisa que ascendía desde la cubierta en remolinos hasta perderse en el cielo, condujera también nuestra conversación. Ese aire suave nos llevaba de unos temas a otros obedeciendo sólo a oscuras leyes que más bien parecían ser pura casualidad.

En la parte más baja, donde parecían nacer los remolinos, el viento nos retuvo un rato conversando sobre aquellas personas tristes. El abismo que yo intuía entre los obreros y las personas cultivadas, tan aficionadas éstas a lo intrincado y oculto, pensé que sería el motivo de que donde yo viera hombres vencidos por la necesidad, empujados a la emigración, Zubillaga observara sumisión y mansedumbre y que cuando yo expresara la pena que sentía por la joven madre que sostenía a su criatura en brazos y que lo haría durante una

travesía tan larga, él, en cambio, hablara de alguien responsable de que se perpetuara la desigualdad, por dar a luz y amamantar a un futuro siervo o, peor aún, quizá a un soldado que llegado el caso, defendería la injusticia a sangre y fuego.

Palabras, palabras que se dicen sin más, que entretienen el ocio y matan el tiempo que nos sobra. Nunca hasta el domingo de resurrección de 1928 al que me he referido más atrás, sentí necesidad alguna de entenderlas. Sólo después adquirieron valor para mí, pero entonces me ocurrió lo que a otras muchas personas para quienes el paso del tiempo ha dado importancia a las palabras antes insignificantes, que el polvo las ha cubierto y hemos de reinterpretarlas para llegar a la esencia del significado de los días 31 de junio que todos guardamos en nuestro pasado.

La brisa tan pronto paraba y parecía muerta, como se animaba y arbolaba de repente faldas, mantillas y pañuelos y desplazaba indisciplinadamente nuestra atención de un lugar a otro, de un tema al siguiente. Sin orden pues, charlamos sobre muchos asuntos, todos menos uno intrascendentes, sin importancia por tanto para lo que se trata en este relato. En un determinado momento la brisa cesó, el aire quedó en una quietud repentina, como la de las orquestas cuando de pronto enmudecen todos los instrumentos al mismo tiempo y parece como si la muerte los hubiese sorprendido. Se produjo entonces un prolongado silencio entre nosotros. Entonces me di cuenta que desde el lugar donde estábamos sentados apenas se podía ver el mar, que quedaba inexplicablemente oculto y sólo a ratos se adivinaba por los huecos o entre las personas que se movían o circulaban de acá para allá. Del mar no hablamos en ningún momento Zubillaga y yo, tampoco del viento.

Pero igual que las orquestas mudas resucitan y vuelven los instrumentos a ajustarse y recuperar su lugar en la sinfonía, así volvió la brisa viva a dibujar sus espirales en el *Liguria*. Se arremolinó alrededor de Elisa y condujo allí nuestra conversación. Junto a ella había tres mujeres, una parecía limpiar la cubierta, otra vestía un luto tan severo como la propia muerte y la tercera, muy cerca ya de nosotros, nos miraba fijamente como queriendo averiguar nuestro diálogo. Hablamos de ellas, de sus actos espontáneos e inocentes, aunque tal vez no lo fueran. ¿Casuales? Quizá sí, pero la casualidad puede esconder un as bajo la manga. Así opinaba Zubillaga, que quiso jugar con el azar. Podría ser que la mujer que no nos quitaba ojo no lo hiciera simplemente por el placer enterarse de las conversaciones ajenas. Parecía ser todo fortuito el 31 de junio ¿Y si nos miraba tan fijamente porque nos hubiera confundido con alguien responsable de una desgracia personal, como la muerte de un ser querido? Entonces esa mirada que parece inofensiva podría ser una seria amenaza para nosotros.

-Créame Llopis cuando le digo que la casualidad engaña como un tahúr que juega con ventaja –dijo para acabar– y que esa casualidad caprichosa determina nuestra vida, desde que nacemos hasta que morimos.

Las personas pobres desconfían de las opiniones de la gente instruida, como escritores, modernistas y otros muchos, porque gustan sólo de lo estético, tienden a lo pintoresco y, por ser originales, pierden pie con la realidad. De manera que con frecuencia sus juicios son divagaciones o, incluso, extravagancias. Bien se notaba que mi interlocutor no era un asalariado. Por eso pensaba yo con cierta malicia y sin articular palabra, que simplemente se entretenía, que empleaba su ocio quemando fuegos artificiales y que esa mujer nos miraba por puro fisgoneo y nada más, ¿qué otra cosa podía ser, si no?

Esa condescendencia incrédula se me debió notar y él leería mis pensamientos, porque quiso reafirmar su criterio, sin dejarlo pasar como algo sin importancia. De manera que aunque la brisa seguía dibujando sus ondas y que su alborotado movimiento nos debería haber conducido a conversar sobre su siguiente destinatario, Zubillaga abandonó su estela para ahondar en su idea, para convencerme, como diciendo: “Es verdad lo que he dicho y lo voy a demostrar”.

Me habló entonces de lo que con el tiempo, tras separar lo principal de lo accesorio y lo cierto de lo dudoso, tengo por lo único que verdaderamente importa para lo que me propongo narrar ¿Por qué lo contó? ¿Sólo por el recelo que intuyó en mi rostro cuando jugaba con los motivos de la casualidad? Quién puede saberlo, pero sí es verdad que igual que lo contó pudo no haberlo hecho y entonces nadie habría escrito este relato. Dijo haber conocido tiempo atrás a una persona muy singular, un verdugo. Durante años cumplió con su obligación sin menoscabo de su conciencia, pues se consideraba ejecutor de decisiones que se tomaban para el provecho social, por más que estas fueran durísimas. En una ocasión preparaba a un joven para su último instante. Era un infeliz, un retrasado mental, al que encontraron autor de la muerte de varias mujeres. Contaba que el reo tenía múltiples deformidades físicas, entre ellas la imposibilidad de mantener rígido su cuello, por lo que su cabeza estaba permanentemente inclinada hacia su lado derecho. Este defecto impidió que el verdugo pudiera ajustar debidamente la capucha que lo cubría, de manera que cuando giró el torno que había de terminar con su vida, se deslizó aquella tela oscura y cayó al suelo casi sin hacer ruido. El azar quiso que ocurriera en el preciso instante del dolor más intenso y que quedara a la vista su cara deformada. Y aquellos ojos estallados removieron en su interior lo que no lograron los llantos y ruegos de perdón de decenas de condenados anteriores.

En el momento que el verdugo vio en aquel rostro el terrible efecto de la violencia, cuando tuvo ante sí aquella mueca, dejó de considerarse como

un agente de la justicia y se sintió sólo como un asesino. Ese único segundo cambió su existencia. Abandonó su vida anterior y puso todo su empeño, como si de una penitencia se tratara, en ocuparse de la única persona que convivía con aquel desdichado que murió con los ojos fuera de sus órbitas, su hermana. No sólo se propuso evitar su miseria, sino que se impuso, además, el deber de conseguir que aquella mujer fuese feliz.

Cuando terminó ese asombroso relato que años después confirmé que era inventado, le pregunté si el verdugo logró su objetivo y, sin alterar el gesto, me contestó que no lo sabía, porque a aquella, como a otras muchas historias, todavía tenía que ponerle el azar el punto final. Y eso fue lo último que hablamos Zubillaga y yo ese día, ese y todos los demás, nunca volví a verlo. Al día siguiente desaparecieron él y su mujer sin dejar rastro. Nunca se los volvió a ver en el *Liguria* después de zarpar de Málaga.

El domingo de resurrección de 1928, después de que Gálvez mencionara a Elisa Urbía comprendí que Agustín Zubillaga y Mateo Sellés eran la misma persona. Entonces ya no era yo un tipógrafo con los dedos permanentemente manchados de tinta, ya no estaba angustiado por un jornal. Por lo tanto, como las personas cultivadas, me sentía atraído por lo oculto, me gustaba contemplar y especular, de manera que sentí curiosidad por averiguar qué fue del temido terrorista y de ese otro personaje que seducía con su charla y su porte refinado.

Al cabo de un tiempo Mateo Sellés pasó a ser para mí un conglomerado de artículos de prensa, fotografías, informes, declaraciones de testigos, interrogatorios policiales y atestados judiciales, con los que fui hilando su vida, siguiendo su deriva inexorable hacia el anarquismo violento. Sin embargo, a pesar de esa montaña de papel, lo que de verdad dio respuesta a mis preguntas fue el modesto suelto de un periódico con una declaración que seguramente proviniera de alguna pesquisa policial.

Un testigo del atentado del día de San Isidro declaró que vio salir a un hombre del portal desde el que se lanzó la bomba, apenas unos instantes después de la explosión. Afirmaba que esa persona bordeó el área de la detonación, no se acercó ni por curiosidad ni por afán de ayudar, tampoco mostró miedo ni nerviosismo. Pensé que sólo una persona podría tener esa actitud ante aquel desastre: el propio terrorista. Añadió el informador que no había dado más que unos pasos cuando se abalanzó sobre él una de las víctimas que apenas podía tenerse en pie. Un anciano literalmente cubierto de sangre, con el rostro desencajado y los ojos casi reventados se aferró a él y enloquecido por el horror de la explosión, gritaba su nombre una y otra vez, mientras lamentaba a voces el futuro incierto de su hija. A los pocos segundos el hombre que salió del portal lo depositó en el suelo, sólo la muerte del viejo le

liberó de la presión de sus manos. Ese pobre hombre se llamaba Ramón Urbía y su hija, Elisa.

La historia del verdugo la había inventado Zubillaga y este testimonio explicaba la desaparición del anarquista Sellés y juntos daban sentido a por qué el uno se convirtió en el otro y a cómo el azar cambió lo que parecía inexpugnable. La capucha del condenado cayó por azar, el atentado le saltó a la cara al terrorista y le salpicó la ropa de sangre. ¿Qué vería realmente Sellés en el rostro de aquel anciano?

Quedaron aún cabos sueltos. Me entretuve queriendo adivinar incógnitas, como si resolviera un pasatiempo, jugando con la lógica y tal vez acertando, quién sabe. Quizá Elisa y él abandonaron el *Liguria* porque Zubillaga sospechara que lo había reconocido la mujer que no nos quitaba la vista de encima, la que parecía querer enterarse de nuestra conversación. Apostaría a que Gálvez reconoció a Sellés, igual que yo mismo, en el hombre que aquel testigo anónimo vio salir del portal en que se produjo la explosión, quién sabe dónde guardaría esa información que yo tardé tanto en encontrar.

Sin embargo no podía adivinar si el verdugo Sellés convertido en Agustín Zubillaga, habría llegado a cumplir su objetivo de darlo todo por la hija de su víctima. Tampoco podría saber si Elisa Urbía, aquella bella joven del 31 de junio de 1910, supo algún día quién fue de verdad su marido, ella, que al contrario que nosotros, no dejó de mirar al mar, ajena a todo lo demás.

Había renunciado a conocer esas respuestas, cuando cincuenta años después de que yo atravesara jadeante la pasarela del *Liguria*, cayó en mi mano un periódico con la esquila que anunciaba la muerte de D. Agustín Zubillaga Balbuena y convocaba a una misa por su eterno descanso. Otra vez el azar se empeñaba en implicarme en esta historia, en no quitarme el papel de cronista hasta su epílogo.

Sin embargo, antes incluso de entrar en la iglesia en que se iba a celebrar el funeral, cuando oculto entre sombras y árboles observaba de lejos a Elisa Urbía, que parecía emerger de entre las telas negras que la rodeaban, me sentí como un intruso, como alguien que quisiera enterarse de algo que le está vedado. Más tarde, dentro de la iglesia, en el rincón desde el que sólo oía al oficiante como un murmullo monótono y apenas distinguía los gestos de Elisa y de los dos hombres que la flanqueaban, no dejé de sentir esa misma esa misma impresión, pero algo poderoso me retenía firme en mi puesto de observador, anotando mentalmente cuanto veía, llantos, besos, abrazos, suspiros y pésames. Cuando casi todos habían abandonado el lugar, Elisa se acercó a la zona de sombras, no muy lejos de donde yo me encontraba. Oculta de otras miradas, sacó de su bolso un paño rojo y negro, lo alisó, dobló cuidadosamente y lo ocultó entre sus ropas de luto. Regresó después junto al

ataúd, se acercó, parecía que para despedirse, y tras un movimiento firme y decidido, sólo yo la vi dejar el paño dentro de la caja, oculto en alguno de sus rincones.

Como dijo Zubillaga, la casualidad actúa igual que un tahúr tramposo, que lo mismo reparte ases como por ensalmo, que engaña haciendo creer que se lleva el mejor juego que luego otros machacan. Incluso a veces permite rectificar y concede una segunda oportunidad. Tal vez alguna de las leyes que manden en el azar quiera que esta historia no se pierda en el olvido y quizá me haya señalado con el dedo para que me ocupe yo de eso. Así lo he creído y por eso la he escrito, pero en esta partida de cartas también yo quiero lanzar un envite, de manera que tan pronto como ponga el punto final dejaré estas páginas en un cajón para que sólo si la suerte lo desea, les dé también una segunda oportunidad. Si es así, otro las leerá y será él quien decida si las da a conocer a otras personas que no estuvieron a bordo del *Liguria* el 31 de junio de 1910, el día que no ha estado en ningún calendario.